



## EL FUTURO DE LA IMAGEN DE DIOS LA TEOLOGÍA DE JOHN EL SALVAJE Y EL DIOS DE LOS INFELICES

**ALBERTO JÁIMEZ ORTEGA**

Doctorando en la Facultad de Teología del Norte de España  
jaimez.ortega@gmail.com

Fecha de finalización del trabajo: Diciembre de 2021.

### **Resumen**

Hablemos sobre *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. ¿Dónde queda Dios? Repasemos en líneas generales lo que nos quiso transmitir Huxley con su distopía y centrémonos en la imagen de Dios que es eliminada de la sociedad perfecta que imagina. Los dirigentes del estado mundial convierten la imagen de Dios en una deidad al servicio de una sociedad mecanizada, pero John el salvaje, aún recuerda el Dios prohibido en el mundo feliz, el verdadero, el de los infelices.

**Palabras clave:** Huxley; distopía; Dios; felicidad.

### **Abstract:**

Aldous Huxley's "Brave New World" deserves to be mentioned. The main question posed in this work is where is God. We are reviewing in general terms what Huxley wanted to convey through this dystopia, focusing specifically on the image of God that is deleted from the perfect society that he imagines. The leaders of the world state turn the image of God into a deity at



the service of a mechanized society, but John the savage still remembers the forbidden God in the happy world, the true One, that of the unhappy.

**Keywords:** Huxley; dystopia; God; happiness.

### **Introducción**

Tres son las distopías literarias que mejor describen nuestra sociedad presente y futura. *Fahrenheit 451*, *1984*, y *Un mundo feliz*. Es en esta última donde he encontrado una deliciosa imagen de Dios albergada en la conciencia de libertad del personaje principal, John el salvaje. Es fascinante leer *Un mundo feliz* y comprobar como Huxley al escribir una crítica a las utopías que hasta ese momento se habían hecho, describe la sociedad actual. *Un mundo feliz* dibuja una sociedad mecanicista, materialista, sin amor —incluso los niños se producen en cadena en grandes factorías de fecundación in vitro—, donde un estado plenipotenciario domina todas las facetas de la existencia humana, una sociedad donde el progreso y el desarrollo técnico arrolla los derechos fundamentales del ser humano. *Un mundo feliz* es un lugar donde el hedonismo y la felicidad obligatoria es ineludible gracias a una droga que todos toman cuando están tristes o aburridos. Es fácil encontrar similitudes con nuestra sociedad, materialista, mecanicista, en la que los derechos colectivos pasan por encima de los derechos individuales, donde el amor y la caridad cada vez se ejercen de manera menos personal y humana. Al igual que en el mundo de Huxley, cuando nuestros contemporáneos se aburren siempre encuentran la diversión hedónica de miles de experiencias superficiales de viernes a



domingo. Vivimos en una sociedad donde la felicidad — confundida con la mera alegría— es obligatoria. En esta sociedad pretendidamente perfecta Dios es algo escondido en las páginas de la Biblia, un libro ilegal y oculto en la misma caja fuerte que otras joyas de la literatura. El Dios prohibido es el Dios de antes, no el Dios de ahora, Ford. El Dios de antes, que lo justifica todo, noble, bello y heroico, no es compatible con el progreso tecnológico, con la medicina científica o con la felicidad universal. En una sociedad que se desgasta en búsqueda de la perfección y la felicidad, vemos como cada vez es más difícil que Dios, protector de los imperfectos y los infelices, sea significativo. Quizá haya muchas variables, pero una cosa sigue a la otra. A la modernidad le sigue el abandono de Dios y su sustitución por imágenes que apuntalen el estado social.

### 1. **Tres profetas contemporáneos**

En 1860, en una célebre discusión clave para la adopción por el público en general de la teoría de la evolución, el obispo de Oxford, Samuel Wilberforce, preguntó a su oponente, el biólogo Thomas Henry Huxley si era descendiente de un simio por parte de padre o de madre. Este exabrupto escupido por el eminente obispo llevó a Huxley a concentrarse en el origen del ser humano. Mientras tanto se empeñó en la educación de su hijo, Leonard Huxley, también biólogo, y que a su vez engendró a Aldous Huxley, que es quien nos interesa. El nieto del viejo Thomas se interesó por la crítica social, y llegó a ser un personaje mucho más popular que su padre y por supuesto que su abuelo, que aún no ha contestado la pregunta.

Huxley, el nieto, me interesa porque escribió *Un mundo feliz*. Quien haya leído este breve, intenso y desalentador librito se habrá dado cuenta de lo mucho que esta historia se parece a



nuestro mundo actual. Y quien no lo haya leído le animo a dejar este artículo y lanzarse a por *Un mundo feliz*.

Para los que sí han leído *Un mundo feliz* y se han dado cuenta del parecido con el mundo actual, y además lo hayan puesto en conexión con otro libro, *1984*, de George Orwell —seudónimo de Eric Blair—; están en mi equipo. Huxley, casi ciego, fue capaz de ver más allá, y se atrevió a analizar críticamente la sociedad, los convencionalismos, incluso se interesó por la espiritualidad —buscó a Dios a través del LSD—. Huxley fue un teórico, pero Orwell sufrió en sus carnes los males del siglo XX, por eso su obra es, quizá, algo más oscura.

Ray Bradbury, un escritor de terror y ciencia ficción norteamericano, escribió el complemento a las obras anteriores, *Fahrenheit 451*. Para entender en pocas palabras de qué va este libro, podemos decir que 451°F es la temperatura a la que arde el papel de los libros a los que hay que prender fuego para evitar el pensamiento, la crítica o la creatividad de la gente.

Confío en que todos conozcan estas tres obras, no perderé tinta en escribir lo que se puede encontrar en los propios textos o en cientos de reseñas y artículos críticos. Los tres libros nos dan una desalentadora imagen del telos social al que nos encaminamos con paso firme y decidido. Parecen el guión con el que se está construyendo nuestro futuro inmediato. Además, los considero superpuestos, es decir, que no se pueden leer uno sin los otros. Confío también en que conozcan, o por lo menos compartan, la duda de John en *Un mundo feliz*, de Smith en *1984*, o de Montag en *Fahrenheit 451*. Con todo, en este artículo me fijaré en la distópica imagen de Dios que presenta Huxley en su mundo feliz. Porque lo que se presenta en estas tres obras son mundos felices y civilizados, entiéndase la ironía.



Si voy a fijarme más en *Un mundo feliz* es porque Huxley introdujo a Dios en su propuesta de una manera que me interesa. También Bradbury introdujo el tema, obviamente uno de los primeros libros que había que quemar era la Biblia, y de hecho tiene mucha importancia en la trama. En todo caso, este es un trío de obras proféticas, y entendamos bien el concepto del profetismo como aquello que también hicieron Isaías, Jeremías y la larga lista de profetas del Antiguo Testamento; golpear conciencias. Quien no se sienta mínimamente golpeado tras leer *Un mundo feliz*, *1984* o *Fahrenheit 451*, no tiene conciencia que ser golpeada. El profeta no es un adivino, sino un intérprete de la realidad que nos avisa de lo que pasará si seguimos por el mismo camino. Es algo parecido a lo que los científicos llaman prospectiva; la respuesta a la pregunta por el futuro, según la influencia del presente.

## 2. **Un mundo feliz.**

Como digo, confío en que conozcan, al menos, *Un mundo feliz* de Huxley, y estando de acuerdo que hay grandes semejanzas entre la ficción y nuestra sociedad, nos podemos preguntar cómo hemos llegado hasta aquí. Carl Sagan, otro profeta, escribía en *El mundo y sus demonios*, que:

*«con la fabricación de imágenes fijas realistas, películas y videocintas tecnológicamente a nuestro alcance, con la televisión en todos los hogares y el pensamiento crítico en declive, parece posible reestructurar la memoria social sin que la policía secreta tenga que prestar una atención especial. [...] Pequeños números de personas tendrán tanto control sobre las noticias, libros de historia e imágenes profundamente*



*conmovedoras que propiciarán cambios importantes en las actitudes colectivas»<sup>1</sup>*

Carl Sagan también avisaba que el control de las principales cadenas de televisión y los periódicos, cada vez más estaban en manos de las mismas empresas e individuos poderosos, con una motivación similar: dirigir y determinar la opinión pública, para que cada vez menos personas, pero cada vez más poderosas, nos cuelen cualquier cosa a través de la televisión con solo proponérselo, y la masa *feliz* creerlo, como en la Edad Media eran creídas las *verdades* religiosas. La televisión y las redes sociales ejercen de terapeutas, magos hipnotizadores, como ocurre en *Un mundo feliz*, que nos convencen de nuestra felicidad, y quien no sea feliz tiene el deber de serlo, y así poco a poco y sin darnos cuenta acabamos siendo vigilados como Smith por el gran hermano Google, o acabamos quemando libros tranquilamente a partir de eso que hoy llamamos *cultura de la cancelación*, como hacía Montag antes de que comenzara a dudar.

Podemos tener la tentación de decir: «sí, algo de esto hay, pero aún se puede evitar». En 1995 Carl Sagan escribía que, si enseñamos a los niños hábitos de pensamiento escéptico, si les enseñamos a hacerse preguntas importantes sobre las instituciones económicas, sociales, políticas o religiosas, quizá puedan desafiar las opiniones de los que están en el poder<sup>2</sup>. Pero eso, señores, no se hizo, y hoy tenemos una sociedad infantilizada, manipulable, objeto de la demagogia de políticos,

---

<sup>1</sup> Carl Sagan, *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*, (Barcelona: Editorial Crítica, 2020), 446-447

<sup>2</sup> Cf. Carl Sagan, *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*, (Barcelona: Editorial Crítica, 2020), 448



dueños de cadenas de televisión y grandes inversores. La sociedad perfecta para un mundo feliz.

### 3. **Padres, madres, individuos...**

El subtítulo de este trabajo incluye el nombre de John el salvaje. Para entender quién es este señor hay que saber que en el mundo feliz las familias no existen, los padres y las madres son conceptos prohibidos. No hay mujeres que den a luz a ningún hijo. La mera referencia al concepto de «*madre*» genera repulsión y estupefacción a partes iguales. De hecho, la palabra *madre* o *padre* son tan desagradables en el mundo de Huxley como empiezan a serlo en nuestro mundo, donde legalmente la señora anteriormente conocida como madre pasa a ser progenitor gestante, y el señor anteriormente conocido como padre pasa a ser progenitor no gestante. En un mundo *verdaderamente feliz* los hijos se tienen sin ayuntamiento; el Estado fabrica en grandes factorías pequeñas personitas, creadas mediante ingeniería genética, y que a medida que van desarrollándose van siendo separadas y adecuadamente criadas por las autoridades para garantizar su adaptación a la clase social designada. Esto nos debe resultar familiar porque ya se sabe que, como dicen nuestros políticos; los niños no son de los padres y la educación se encarga de producir personas físicas que sin pensamiento alguno trabajen para personas jurídicas y paguen impuestos de la manera más feliz posible.

No sabemos si Huxley abuelo respondió si era descendiente de monos por parte de padre o madre, lo que sabemos es que nosotros, monos o no, viviremos —lo hacemos ya desde hace años— en una dictadura perfecta, con apariencia de democracia, básicamente una prisión sin muros, donde los presos ni siquiera sueñan con escapar —estoy usando unas



palabras atribuidas a Huxley nieto— esencialmente un sistema de esclavitud, en el que, gracias al consumo y el entretenimiento, los esclavos aman su servidumbre. Unas palabras tan famosas como reconocidas, y repetidas hasta la saciedad ubicándolas en nuestro presente. Realmente no es que nos falte poco, isomos ya! como los civilizados habitantes del mundo feliz, pero no nos damos ni cuenta, como, por otra parte, estaba previsto. Cada pequeña noticia en televisión, cada crisis económica, cada partido de fútbol, cada pandemia, cada vacuna, cada recuento electoral, cada festival de eurovisión, cada película de ciencia ficción, cada alerta antifascista, cada brote, variante o la madre que lo parió, cada bulo desmentido, cada estadística, cada rueda de prensa desde el congreso de los diputados, no son más que barrotes de esta nuestra prisión sin muros. Cada fiesta de cumpleaños de niños de primaria, cada tatuaje, cada borrachera, cada aquí te pilló aquí te mato, cada oferta del Corte Inglés, cada canción de reguetón, cada día del orgullo, cada viaje a Ribera Maya, cada porro, cada divorcio exprés, cada concierto de heavy metal, son herramientas para amar nuestra servidumbre.

En fin; en el *mundo feliz*, el *civilizado*, no hay familias, ni diversidad humana más allá de las clases funcionales para el servicio al Estado. No hay arte, ya que toda la producción está dedicada al servicio de la colectividad. No hay ciencia porque toda investigación está supeditada al mantenimiento de privilegios, a curar enfermedades provocadas por medicamentos para enfermedades previas, al mantenimiento del estatus social a partir de la mejora de la ingeniería genética, o a conservar una población joven a base de eliminar la vejez. Por supuesto no hay literatura, filosofía o religión. Todo eso es demasiado peligroso.





En el primer párrafo del capítulo uno Huxley nos dice que los lemas del Estado Mundial son *comunidad, identidad, estabilidad*. De primeras esto nos tiene que llenar de temor. No pensemos que Huxley se está refiriendo a una comunidad de parientes en la que todos se ayudan, se está refiriendo a una comunidad atomizada, un conjunto de grandes soledades aisladas e incomunicadas entre sí en lo más profundo, y cuyas relaciones se dan solo epidérmicamente. ¿Nos suena verdad? Si vamos a fijarnos en la identidad tendremos que saber que no hay nada más ideologizante que la identidad. Éticamente la identidad es siempre un «*contra alguien*», socialmente no es más que un determinismo, empezamos con «*yo soy y tú no*», y tras ver la televisión durante unos días terminamos con «*nosotros somos lo que nos digan que somos*». La identidad supone una ortodoxia, y, por lo tanto, supone también una heterodoxia a la que perseguir, o cuanto menos rechazar. Hombres contra mujeres, mujeres contra transexuales, negros contra blancos, padres contra hijos, tu verdad contra mi verdad, el presente contra el pasado, la política contra el sentido común. La identidad en el mundo contemporáneo, y en el de Huxley también, es la eliminación de lo distinto, que todos nos vistamos igual, que todos hablemos igual, que todos pensemos igual, que todos enfermemos igual. Incluso las formas de rebelarnos contra todo ello son iguales, porque la disidencia nace, se reproduce y muere en las redes sociales, la nueva forma de expresión encaminada a igualar a todos incluso en la forma de crear revoluciones de sofá y like.

En definitiva, se ha eliminado de raíz el hecho de que yo, como individuo me relacione, tenga lazos con otros, ame, odie, sienta indiferencia, sea tan «yo» que llegue a tener dudas, como las tuvo Descartes, si solo mi pensamiento es real. En el mundo feliz el individuo no tiene voluntad, no piensa ni razona, pone



su presente al servicio de los privilegios de la élite, sucumbe a los efectos narcóticos del bienestar y la tentación de la tranquilidad inoculada subcutáneamente. La mayoría de esas personitas criadas *ad hoc* para alimentar el Estado no se preguntan por qué lo hacen, se limitan a reproducir palabra por palabra las opiniones que escuchan en la televisión como si fuera la verdad divina, no son libres para ir de un sitio a otro sin que le pregunten por qué. La vida feliz va en contra de la vida humana. Hay una enorme presión para someternos, para convertirnos en un ridículo rebaño humano que pensará lo que diga la televisión, que comprará lo que se anuncie en televisión, que vivirá y será feliz como muestran los *reality show*. Si alguna vez el ser humano fue imagen de Dios, olvídate, el mundo feliz convierte a este mono pensante en una sombra de lo que pudo ser, en un frustrado camino entre la nada y el todo.

¿Qué decir de la estabilidad? Líbreme el Señor de los que me prometen estabilidad, que de la inestabilidad ya me libraré yo.

Elogiamos la mediocridad, estamos enfermos de múltiples vicios, empequeñecemos el carácter conformándonos con cualquier cosa que evite el sufrimiento o la mera incertidumbre. Nuestro marco conceptual está limitado a un vocabulario cada vez más pequeño, ya no creamos, copiamos; somos esclavos que se arrodillan ante los otros esclavos, pero no nos importa siempre y cuando tengamos asegurada la diversión y la salud. Como sociedad somos carne de un mundo feliz, todo empieza a ser sospechoso en cuanto que es imposible plantearse la realidad desde un punto de vista negativo, todo está dispuesto para la felicidad. Incluso este mismo artículo abiertamente sincero resulta deprimente y triste a ojos de cualquier lector poco entrenado.



Y todo esto para la mayor gloria de Ford, nuestro Ford, Ford mío, fuente de sabiduría, demos gracias a Ford, Ford, Ford, no digamos su nombre en vano.

### 3. ... y los nuevos dioses como Ford.

Sin embargo, Huxley reserva un débil aliento de resistencia a la civilización. Hay una porción de personas (se me antoja por cómo se describen en el libro nativas norteamericanas), que viven fuera de este mundo feliz. Son los salvajes, gentes sucias, que aman, que nacen de una madre y de un padre, que sufren, y que viven la felicidad como leves destellos en medio de la habitual humanidad del ser humano. En Malpaís, que así se llama el lugar donde viven los salvajes, también vive John. Hace años una pareja de piadosos y felices ciudadanos del mundo feliz viajó de vacaciones a este lugar sin civilizar —viajes únicamente destinados a comprobar lo buenos que eran ellos y lo malos que eran los demás—. Ella, una tal Linda, que ya venía embarazada por un error del sistema anticonceptivo al uso, se perdió en la maraña del mundo real y acabó abandonada dando a luz meses después a su hijo, a John, en medio del *horror* de ser madre. John pertenece, por lo tanto, a los dos mundos, por eso es protagonista de la conversación que analizaremos después. Uno de los problemas de los salvajes era que, precisamente, tenían padre y madre, algo que, como ya hemos dicho arriba, generaba estupefacción y repulsión a partes iguales en las gentes felices y civilizadas. Otro de los problemas, y que no se suele recordar cuando se repasa el libro, es que los salvajes tienen fe en antiguas tradiciones mezcladas con cristianismo. Creen, pero no en Ford sino en un Dios —no sé cómo decirlo— más divino.



No hace falta ser un lince para darse cuenta desde las primeras páginas que en el mundo civilizado la expresión «Dios» se sustituye por «Ford». Se refiere a Henry Ford, el creador de las cadenas de montaje, el iniciador de la producción en masa. Por lo tanto, en un mundo en el que hasta los niños se producen en cadenas de montaje, quién si no ha de ser el mesías, el ídolo a partir del cual ha de contarse el tiempo, el salvador a quien hay que agradecer todo. En Ford no hay amor, compasión, justicia, simplemente hay productividad, funcionalismo, utilidad. Quizá la metáfora que a todos se nos escapa es que un mundo sin Dios es irónicamente *un mundo feliz*. Y se nos escapa porque estamos entrando poco a poco en ese mundo sin Dios y estamos perdiendo la perspectiva.

Al final del libro, en el capítulo XVII leemos una interesante conversación entre un miembro de la élite, un tal Mustafá y John el salvaje —el último hombre de la historia, el nacido de mujer— que es llevado a la fuerza, tras ser descubierto como hijo de Linda, al mundo feliz. Antes, según confiesa Mustafá, había una cosa llamada Dios, algo que John, que vive en la reserva de Malpaís conoce bien. Mustafá abrió una caja fuerte y extrajo de ella libros, todos ellos prohibidos, textos en los que abunda el amor, el heroísmo, la pasión. Entre todos esos libros había un pesado volumen de tapas negras, una Biblia. John no entiende por qué si Mustafá conoce a Dios no habla a los demás de su bondad, del amor, del perdón, de la fidelidad, de la verdadera felicidad, la libertad... Pero el concepto de Dios es tan viejo e inútil para el mundo feliz como la pasión de Otelo o el amor de Shakespeare. Ford es quien encarna el verdadero espíritu de la verdad. John, sin embargo, sabe que Dios no cambia, es algo ajeno a la voluntad de los hombres, Dios es el totalmente otro. Y Mustafá también lo sabe; Dios no cambia, los que cambian son los hombres. Ahora los hombres son



independientes de Dios, son jóvenes, sanos, rodeados de placer, sin sufrir necesidades ni pérdidas; son felices. Y todo eso sin Dios, por eso el sentimiento religioso es innecesario. (Llega un momento en que no sé si estoy hablando del libro de Huxley o de lo que veo cada vez que salgo a la calle). Para qué buscar en Dios un sustituto a la felicidad juvenil. Para qué buscar en la religión un sucedáneo del placer y la diversión, si gozamos hasta el final de nuestros días. Para qué queremos el reposo eterno, si podemos deleitarnos en la tranquilidad del trabajo hecho para el Estado, no hay cosa —ni siquiera Dios— que nos haga más felices. Qué consuelo podría darnos Dios si tenemos el soma, el esteticismo, la diversión, el hedonismo. Probablemente, tal y como afirma Mustafá, Dios exista, pero no lo miramos. Hay que tener claro que Dios se manifiesta de diferente manera a hombres diferentes en tiempos diferentes, y esto a veces no lo entendemos. Dios, hoy y en el futuro, se manifestará como ausencia de Dios, como si no existiera en absoluto, por usar el término que usa Huxley en su libro.

Mustafá revela que Dios no es compatible con un mundo mecanizado, donde la tecnología nos une en comunidades imaginarias, donde cada uno se aísla atomizado con su propia basura mental, donde los médicos se convierten en pequeños dioses ególatras, donde la felicidad se consigue a golpe de clic, pastilla, o dinero. Hay que elegir, nos dice Mustafá, entre Dios o la tecnología, la salud por encima de la libertad o un sucedáneo de felicidad escondida en el placer de cuerpos retorcidos por los sentidos más hedónicos, temblorosos por los estertores del orgasmo, o hipnotizados por el último partido de fútbol o una nueva cepa. Todas esas víctimas de la moda, intérpretes de First Dates, telespectadores o admiradores de cualquier youtuber, se asustarían si descubrieran que toda su vida es mentira con solo apagar la televisión y darse cuenta de



que Dios realmente existe. Sin embargo, ahora que vivimos sin Dios tenemos la ilusión de que nunca hemos sido tan felices como ahora.

A Dios nadie lo ha visto jamás, sin embargo, sus códigos han sido interpretados por los hombres en cada tiempo. Hoy Moisés estaría disfrutando de la realidad virtual, el último modelo de móvil, una pareja estupenda —a ser posible en medio de la tórrida pasión de la novedad—, y una deliciosa cena afrodisiaca en un hotel de París. Mientras tanto estaría dirigiendo la liberación de Israel por *streaming*. La voluntad de Dios —en palabras de Huxley— recibe órdenes de los hombres. No hay mejor análisis teológico que éste para el siglo XXI. Al hombre religioso de toda la vida, estar sujeto a la esclavitud del placer, la tecnología o la realidad virtual quizá le parezca un castigo, pero preguntemos a nuestro vecino treintañero ¿Qué tal un futuro asegurado como ciudadano feliz, trabajador y consumidor de bienes? No me invento la pregunta, lo hace Huxley en su libro. Un santo, un místico, quizá no permitiese dejarse degradar por los vicios, de hecho, entendería la pregunta como una provocación. Pero el hombre de hoy no entiende de vicios, no es un santo, simplemente es un producto de Ford, engendrado a medida, educado según las necesidades del Estado, fiel pagador de impuestos hasta que la vejez lo haga inservible y se genere sobre su persona una dicotomía entre la utilidad social y la eutanasia. Una mínima conciencia de pecado y este mundo feliz se derrumbaría dejando a la vista, bajo sus ruinas, una tierra que mana leche y miel.

Sin embargo, John el salvaje no se rinde, el mundo sería mucho mejor con Dios, sería noble, bello, heroico... pero no, querido John, nadie necesita nobleza o heroísmo, ni siquiera belleza, no hace falta; las condiciones sociales lo hacen innecesario. La sociedad no necesita a Dios, por eso los evangelizadores se



deshacen los sesos inventando métodos, ideando técnicas catequéticas, escribiendo libros, hablando sobre primeros o segundos anuncios... Pero no hay resultado.

En nuestro mundo feliz inspirado por Huxley no hace falta aprender a soportar incomodidades, ni nada desagradable. Una llamada a recepción y nos cambiarán el colchón por otro más confortable, levantando la mano nos cambiarán el plato frío por otro caliente, firmando un papelito cambiaremos de pareja, como si cambiásemos de equipo de fútbol. Para qué soportar una mala comida, una pareja que envejece, un grifo que no tiene agua caliente o una incómoda gripe. No hace falta nobleza ni heroísmo porque no queremos vivir verdaderamente como vivían nuestros antepasados, aquellos sobre los que el oponente del abuelo Huxley preguntaba si eran monos por parte de padre o madre. No importa si eran monos, galgos o podencos, lo cierto es que tenían a Dios, y quizá por eso soportaban la mala suerte o se alzaban en armas contra la más mínima subida del precio del pan. ¿Dónde ha quedado la humanidad de decir alguna vez que no? Quien tenga hijos sabrá que lo primero que aprende a decir un niño es «mamá»; lo segundo es «no». No hay nada más humano que la negación, que negarse a esto o a aquello, a que no le toquen las narices, a maldecir incluso a Dios —como hizo Job—, al de verdad, no a Ford.

Por qué, cuándo, en qué momento se dejó de insistir en que entendamos nuestro papel en la caverna de Platón, en qué extraño recoveco de la historia nos encontramos para que ver sombras sea más real que disfrutar de la fuente de luz. Leyendo a Huxley me surge la duda; ¿Son los salvajes realmente humanos? ¿Dónde nos encontramos como sociedad? ¿Quién es el loco ahora? ¿Quieres volar sobre el nido del cuco? Si quieres vivir debes negarte a vivir.



Sustituir a Dios por Ford no es un capricho de Huxley, a mi juicio, quizá sea el elemento más interesante de *Un mundo feliz*, donde lo principal es la creación en cadena, ya sean coches o niños; pero en nuestro futuro, los pilares de la sociedad serán la realidad virtual de internet, la adicción a los medicamentos, la religión del ecologismo o el hedonismo. El temor de Dios ha sido solucionado por un Ford que busca nuestra tranquilidad, la muerte ha sido sustituida por la disolución —sin el menor sufrimiento— de la vejez individual en una eterna juventud colectiva, y el futuro ya no existe, con la historia debidamente finalizada no hay que lamentarse por el porvenir; *no future*, como decía la clásica consigna *punk*.

## Conclusión

Me pregunto cómo llamarán a Dios mis nietos. Es posible que nuestros descendientes cuenten el tiempo desde que Bill Gates salió del garaje de sus padres con un ordenador debajo del brazo, en ese caso dirán «Gates mío» y llevarán una pequeña «@» colgada del cuello. Quizá cuenten el tiempo desde que Greta Thunberg decidió saltarse las clases para sentarse en la acera con un cartel acusándonos de haberle robado la juventud, en ese caso reciclar será como rezar y la humanidad redimida servirá de abono para los árboles. O —esta me gusta más— quizá cuenten el tiempo desde que cuatro chicos de Liverpool se juntasen en un local de ensayo para tocar rock and roll y ligar con las chicas de su instituto. Ya lo estoy viendo; «año 250 desde los Beatles, bienvenidos a nuestro mundo feliz, no sufras, no te preocupes». A fin de cuentas, ellos mismos dijeron que eran más famosos que Jesús de Nazaret. Sea como sea, John el salvaje quería a Dios, quería poesía, peligro, libertad, bondad, pecado. Esto, que puede ser interpretado según los





estándares actuales como una verdadera vida desgraciada, es teología para mis oídos. Si revuelvo detrás de la lápida con mi apellido, entre la madera podrida, enmohecida, revuelta con el barro negro de la muerte, quizá me encuentre a mí mismo, huesos de mis huesos, dolor de mis dolores. Mirando la calavera de mis antepasados, enredando mis dedos entre los relieves de una pequeña y ligera bola de hueso y tierra húmeda, mirando fijamente las vacías cuencas desde donde una vez unos ojos asistieron a mi nacimiento, me pregunto; ser feliz o ser libre, esa es la cuestión. Una terrible cuestión cuando, cada vez más, la felicidad significa obedecer. Como John, reclamo mi derecho a querer descansar, a pasar calor, ser desgraciado, infeliz, a ser viejo, a tener cáncer, covid o la madre que lo parió, quiero morir después de haber vivido verdaderamente, que en mi funeral se recuerde que el viejo estaba loco, que no hubo telediario que le doblegara, que fue —como escribió Huxley— una clavija redonda en un agujero cuadrado, que dijo no al Ford de los felices y sí al Dios de los infelices.

### **Referencias bibliográficas**

Aldous Huxley. *Un mundo feliz*, Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2017.

Carl Sagan, *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*, Barcelona: Editorial Crítica, 2020.